

Memorias del Antagonismo: reflexiones epistemológicas en torno al lugar de la historización radical en el posmarxismo lacaniano

Jorge Foa Torres¹
Juan Manuel Reynares²

Resumen

Este trabajo presenta una serie de reflexiones ontológicas, epistemológicas y metodológicas que, desde la teoría política del discurso de raigambre lacaniana, buscan problematizar la relación entre las nociones de memoria, historización, contingencia e ideología.

El fundamento ontológico de la imposibilidad de la sociedad, o de la división constitutiva de lo social, posee implicancias éticas y políticas tanto para el posicionamiento o lugar de enunciación del sujeto que investiga, como para la orientación de su labor.

El tiempo cronológico y la investigación historiográfica no permiten echar luz al tiempo de las rupturas de sentido, irrupciones reales o dislocaciones en las lógicas o gramáticas políticas. De tal modo, se propone que la orientación por lo real se constituye en la causa político-académica del posmarxismo lacaniano para la producción de conocimiento.

La tesis de este trabajo es que la historización radical propuesta por la perspectiva puede ser pensada como una modalidad de los trabajos de memoria orientada, tanto al descompletamiento de lógicas o gramáticas políticas, como a la identificación y reconstrucción de los antagonismos sociales y los modos en que en diferentes momentos fueron visibilizados, reprimidos o forcluidos.

¹ UNVM-CONICET Jorgefoatorres@gmail.com

² UNVM-CONICET juanmreynares@gmail.com

Memorias del Antagonismo: reflexiones epistemológicas en torno al lugar de la historización radical en el posmarxismo lacaniano

Introducción

En “La ciencia y la verdad” Jacques Lacan distingue el lugar de la verdad en la ciencia y en el psicoanálisis. Como causa formal en el primer caso y como causa material en el segundo. Es que como causa material la verdad no puede ser pensada por fuera del sujeto del inconsciente que la enuncia. Lo que conlleva consecuencias relevantes a nivel del modo de concebir a la teoría y a la función del lenguaje en la misma: la articulación de un materialismo negativo que se funda tanto en la imposibilidad de un lenguaje científico o un metalenguaje filosófico pleno como de una teoría capaz de capturar totalmente a lo real.

En este marco, el lugar de la historia no es el de la pura contingencia ni, mucho menos, el del desenvolvimiento necesario: “en el psicoanálisis la historia es una dimensión distinta de la del desarrollo, y (...) es aberración tratar de reducirla a ella. La historia no se prosigue sino a contratiempo del desarrollo. Punto del que la historia como ciencia puede tal vez sacar provecho, si quiere escapar a la amenaza siempre presente de una concepción providencial de su curso” (Lacan, 1985: 854).

A nivel epistemológico y teórico, estos fundamentos poseen gran relevancia para el análisis político desde una perspectiva posmarxista o posfundacionalista³. En tal marco, este trabajo presenta una serie de reflexiones ontológicas, epistemológicas y metodológicas que, desde la *teoría política del discurso*⁴ de raigambre lacaniana, buscan problematizar la relación entre las nociones de memoria, historización, contingencia e ideología.

Específicamente, el fundamento ontológico de la imposibilidad de la sociedad, o de la división constitutiva de lo social, posee implicancias éticas y políticas tanto para el posicionamiento o lugar de enunciación del sujeto que investiga, como para la orientación de su labor. Por su parte, el tiempo cronológico y la investigación historiográfica no permiten echar luz al tiempo de las rupturas de sentido, irrupciones reales o dislocaciones

³ La perspectiva posfundacional no implica asumir la inexistencia de fundamento alguno sino, por el contrario, reconocer el carácter contingente y plural del fundamento pero, a la vez, necesario.

⁴ La Teoría Política del Discurso encuentra sus expresiones fundacionales en la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (entre otros: 2000, 2004), como en aquellos esfuerzos de cariz principalmente epistemológico y metodológico efectuados por distintos autores (entre otros: Glynnos & Howarth, 2007).

en las lógicas o gramáticas políticas. En tal sentido, este trabajo propone que la orientación por lo real puede constituirse en la causa común y subjetiva, a la vez, del posmarxismo lacaniano para la producción de conocimiento.

La tesis de este trabajo es que la historización radical propuesta por la perspectiva puede ser pensada como una modalidad de los trabajos de memoria orientada, tanto al descompletamiento de lógicas o gramáticas políticas, como a la identificación y reconstrucción de los antagonismos sociales y los modos en que en diferentes momentos fueron visibilizados, reprimidos o forcluidos.

A continuación esta ponencia se ordena de la siguiente manera: en primer lugar se pondrá de relieve al lugar del sujeto-investigador en la perspectiva y las implicancias epistemológicas de su consideración como sujeto dividido. Luego se abordará al singular modo en que la perspectiva construye la historización de sus problemas de investigación y se distinguirá entre las nociones de *contingencia radical* y *contingencias empíricas*. Por último, se culminará con algunas reflexiones en torno a las estrategias y herramientas de investigación desde la teoría política del discurso.

1. Técnica y sujeto

El psicoanalista y jurista Pierre Legendre advierte que la civilización occidental a través de la ciencia y la técnica “se hizo especialista en el descuartizamiento científico de las civilizaciones y en un historicismo a discreción” pero de ninguna manera con ello ha logrado desentrañar o superar sus propios montajes míticos que la fundan. Por el contrario, Occidente participa de la condición por la cual la ignorancia constituye una de las pasiones fundamentales del ser (junto al odio y al amor)⁵: “no hay nada más humano que escapar de lo que uno es (...) Es así como, bajo el reinado de la ultramodernidad, fabricamos ignorancia con ciencia” (Legendre, 2008: 14). En consecuencia, ni la dimensión mítica de ni la instancias fundacionales que se inscriben en la historia de nuestras sociedades se han logrado abolir o superar. La cultura occidental ha logrado, para Legendre, pasar del mito bíblico cristiano al mito científico por el cual la tecno-ciencia se erige en el “lugar soberano y omnipotente en el que se inscribe el discurso a partir del cual el mundo se vuelve legible, interpretable, comprensible” (2008: 53).

⁵ Al respecto ver: Lacan, 2012: pp. 141-149.

En un sentido similar, Martin Heidegger postula que “la ciencia no piensa” a la manera del pensador y ello no implica una falta u obstáculo sino aquello que le permite el “acceso a una determinada región de objetos”. Pero, al mismo tiempo, es el pensar el que conduce a la ciencia. Lo cual nos lleva al interrogante acerca de los tipos de pensar y su vinculación con la ciencia. Para Heidegger, la relación entre la ciencia y el pensar sólo puede adquirir un estatuto legítimo si se reconoce aquello *inabarcable inaccesible* a la primera: “solo cuando se haga visible el abismo que media entre las ciencias y el pensar y, ciertamente, como infranqueable” (2007a: 271). Pero con el predominio de la técnica moderna la ciencia es puesta al servicio del desvelamiento propio de la técnica en el “cual la naturaleza se concibe como conexión de efectos de fuerzas calculables [que] puede permitir, ciertamente, constataciones exactas” (2007b: 142). Es la técnica moderna, por lo tanto, el pensar que conduce a la ciencia. Pensar en el que reside un peligro supremo: “tan pronto como lo desvelado no concierne al hombre ni siquiera como objeto, sino exclusivamente como constante y el hombre en medio de lo sin-objeto no es más que el constanciador de lo constante, va el hombre sobre el borde más escarpado del precipicio; esto es, va hacia un punto en que él mismo no podrá ser tomado sino como constante” (2007b: 143). Es decir, tal peligro reside en la supresión misma del sujeto mediante el olvido de la interpelación técnica en la que está implicado⁶. Su emplazamiento en lo constante se constituye en el modo por el cual ya no puede rebelarse frente al desvelamiento de la técnica y orientarse hacia otras formas del desocultar en donde pudiese experimentar “una verdad más inicial”. Lo peligroso de la técnica no reside, por lo tanto, en las prestaciones y consecuencias de máquinas y desarrollos tecnológicos sino en la fijación del individuo en un espacio en donde es ya-siempre excluida cualquier modo de experimentar lo *inabarcable inaccesible*. De tal modo, es posible identificar hasta este punto dos aspectos nodales para el planteo de este trabajo y para la epistemología contemporánea en general: la ignorancia como pasión del ser (y por tanto elemento tendencialmente inerradicable), por un lado, y el predominio de la ideología de la técnica con su empuje a la supresión del sujeto dividido⁷. Como consecuencia emerge un interrogante fundamental ¿de qué manera es posible concebir a un

⁶“... precisamente, a través de estos resultados persiste el peligro de que en todo lo exacto [del desocultar técnico] se retraiga lo verdadero” (Heidegger, 2010b: 142).

⁷ Es decir del sujeto en tanto, como señala Jorge Alemán, “hijo enfermo e incurable de la falla, de la castración, de lo imposible” (2010: 48).

sujeto capaz de vincularse con la técnica y, al mismo tiempo, de rebelarse a su interpelación? Y en el caso de que esto último fuese posible ¿cuáles estrategias ético-políticas pueden encontrar condiciones de viabilidad para descompletar o cortar la pura continuidad de esa técnica a través de la producción de ciertos efectos de sentido (y ya no del desvelamiento de sentidos últimos o de contenidos ocultos)?

Pues en primer lugar, tales efectos de sentido no pueden ser pensados sino en vinculación con la producción misma de un saber del sujeto sobre su propio goce. Goce de algún modo u otro ligado a la ideología de la técnica. Pero que, en el establecimiento de cierta distancia con ese goce, el investigador puede encontrar en el proceso de problematización un territorio en donde dejarse guiar por aquello que falta en el problema. Es que el problema mismo, desde esta mirada, se presenta como aquello que falta y angustia y que, por tanto, es capaz de dividir o desplazar las propias identificaciones del investigador. Siempre y cuando la decisión del sujeto se oriente a profundizar esa problematización antes que a descansar en la eficiencia y eficacia de sus procedimientos y métodos ya validados.

En consecuencia, la labor de investigación puede ser pensada como una tarea que busca bordear aquello que “no cesa de no escribirse” en la época del predominio de la técnica. Antes que contribuir a la saturación simbólica o el completamiento imaginario de la realidad social para que la cosa marche en el circuito capitalista, ya sea en la espera de su destrucción o en la afirmación su carácter natural y necesario. El objetivo entonces pasa por la producción de “estiletazos”, que al modo de la esgrima, logren horadar la superficie-toda de la técnica. En definitiva, lograr ciertos modos del *biendecir* que, al decir de Germán García, “consiste en no decir dónde está el Bien Supremo, ese lugar donde se puede recuperar todo y donde no se pierde (la) nada” (1980: 119). Lo cual implica la barradura del investigador y de sus producciones.

2. Historiografía, historización y memorias del antagonismo

Las investigaciones al interior del horizonte ontoepistemológico de la TPD han guardado siempre una relación tensa pero cercana con la historia. Cercana porque de uno u otro modo, los análisis político-discursivos lidian con sucesos pasados, fenómenos y procesos que ocurrieron y cuyas implicancias habitan nuestro presente. Tensa porque para dar cuenta de esos efectos nos embarcamos en un ejercicio intelectual que pretende desbrozar a los

ordenamientos sociales en los que vivimos, y a los procesos históricos que los configuraron, de cualquier pretensión de necesidad o positividad. Así, nos apoyamos en la historia pero al mismo tiempo debilitamos esa caracterización, típica del canon historiográfico, de la historia como racconto totalizante de la experiencia humana en un recorte espacio-temporal determinado.

En este punto pueden observarse claramente los términos de nuestro problema: qué historicidad podemos recuperar desde un fundamento ontológico que subraya la negatividad inherente a toda realidad social. En un fructífero diálogo entre J. Butler y E. Laclau estos interrogantes fueron conjugados de modo similar. Ante la pregunta de Butler por el estatus teórico de lo Real, Laclau sostiene que, tomado desde la enseñanza de Lacan, lo Real es “un núcleo traumático resistente a la simbolización que sólo tiene acceso al nivel de la representación a través de contenidos ónticos que incorpora sin adscribirse necesariamente a ninguno de ellos” (Laclau, 2000: 187). El registro simbólico de la actividad humana a lo largo del tiempo, en tanto historia, se muestra incapaz de completar(se). Aquello que resiste la dotación de sentido, sin embargo, no existe por fuera de la historia. El status ontológico de la falla, lo Real, no es el de “algo” que esté más allá del registro óntico. Es decir, no implica que sea trascendental en sí mismo: no puede ser algo separado plenamente de la onticidad porque no “es” sino encarnado en alguna particularidad. De allí la insistencia laclauiana por discutir la crítica de Butler sobre el carácter ahistórico de lo Real.

Al no existir un límite positivo directo o inmediato para el proceso de simbolización, lo Real vuelve imposible una historia plena de sentido, que pretenda la reconstrucción total de las experiencias en un espacio dado⁸. No obstante, esa negatividad está sujeta a una dinámica de encarnación y distorsión que involucra necesariamente a contenidos ónticos específicos, pero con los que no guarda ningún privilegio a priori (Laclau, 2000). Entonces el carácter fallado de la realidad echa a andar un proceso dinámico y conflictivo de pretensión totalizante pero al mismo tiempo de inevitable fracaso. Como vemos, si bien la plenitud no existe como tal, sólo se la puede representar mediante nombres, significantes,

⁸ Con esto no pretendemos caracterizar a la historiografía canónica como una reconstrucción perfecta, sino subrayar el hecho de que las investigaciones historiográficas adquieren validez sobre el transcurso de una ilusión de plenitud, la del sentido completo de la historia humana, la de una verdad histórica que sería menester descubrir. En ese marco, el historiador canónico provee datos para probar la verdad de un hecho como ocurrió *efectivamente*.

que para ser capaces de asumir esa función⁹ deben despojarse de cualquier contenido óptico específico. La negatividad no es entonces un componente que vuelva imposible la historia, sino que, precisamente, es “porque hay un límite estructural de tal tipo por lo que la variación histórica resulta posible” (Laclau, 2000: 188).

Esa variación subvierte la plenitud del registro histórico a través de un juego de desplazamientos significantes, a los que Laclau llama de diversos modos, entre ellos, como vimos, encarnación y distorsión.¹⁰ La pregunta por el vínculo que se tiende entre estas categorías y los sucesos históricos abre, así como acabamos de ver respecto de la negatividad, un marco de discusión sobre el estatus de estas nociones y el modo de ponerlas en relación dentro de un proceso de investigación. En suma, aunque desde otro ángulo, reedita la pregunta por el universal. Al respecto, Laclau plantea dos operaciones teóricas distintas aunque relacionadas. En primer lugar, considera que no es posible distinguir de modo absoluto lo abstracto de lo concreto, por lo que hay que detenerse en

“los procesos por los cuales el movimiento de lo concreto mismo constituye lo abstracto. (O sea, un «abstracto» que no es una dimensión formal, anterior o separada de lo concreto, sino algo hacia lo cual «tiende» lo concreto mismo. Un abstracto concreto, si se quiere.) Y es en estos abstractos concretos, y no en un dominio formalista a priori, donde encontramos el locus de lo «universal»” (Laclau, 2000: 193).

Esa tendencia de lo concreto hacia lo abstracto, donde es posible encontrar lo universal, invierte las interpretaciones críticas más usuales sobre el excesivo formalismo en la obra laclauiana, y más en general, en las investigaciones desarrolladas bajo esa impronta.¹¹ Ello permite distinguir de manera más clara cuál es la universalidad posible de estas categorías teóricas: una universalidad excedente que existe *primero* como ente real, pero cuyos efectos no se acaban en esa particularidad, sino que proliferan más allá de ella. Así, la atención del análisis se concentra entre los elementos particulares y aquello que los excede, pero que no posee algún rasgo positivo al margen de su existencia óptica. De allí que el trabajo sobre la

⁹ Función de llenado o completamiento [*filling function*], le llaman Laclau y Zac (1994).

¹⁰ También sobredeterminación, articulación, lógica equivalencial, lógica diferencial, condensación y desplazamiento son categorías a las echa mano Laclau para dar cuenta de las dinámicas de construcción (en última instancia imposible de completar) de sentido en la historia.

¹¹ Ello no quita que una lectura superficial del “marco teórico” de la TPD pueda ser utilizado para investigaciones que plantean una aplicación mecánica de los conceptos, sin atender al proceso de mutua contaminación que entre teoría y empiria se produce al indagar desde este lenguaje analítico.

materialidad del corpus a lo largo de la investigación no pueda caer en una aplicación de categorías sobre sucesos donde tanto las primeras como los segundos salgan indemnes.¹²

De tal modo que, en segundo lugar, Laclau aluda a otro tipo de relación entre las categorías teóricas y los elementos contextuales particulares, “históricos”: la de los parecidos de familia, trayendo a colación como en numerosas partes de su obra, a la filosofía de Wittgenstein:

“Esta contaminación de lo abstracto por lo concreto hace que el reino de las categorías formales sea más un mundo de «parecidos de familia», en el sentido wittgensteiniano, que el universo formal autosuficiente de Butler” (Laclau, 2000: 192-193).

Al abreviar en la pragmática wittgensteiniana, Laclau pone en evidencia de modo radical un fundamento ontológico sobre el cual no es posible poner en funcionamiento un ejercicio taxonómico pleno. Los parecidos de familia no se construyen en un metajuego de lenguaje que trascienda la intertextualidad que habitamos, desde una posición externa basada en la ingenuidad de la experiencia, en lo que vendría a ser un grado cero del sentido, o basada en la completitud de la ley científica. Los parecidos de familia, así como los cambios de aspecto dentro del planteo de Wittgenstein, suponen un *uso* tanto de las categorías teóricas como de los datos empíricos, cuyos efectos repercuten no sólo en las particularidades de cada elemento articulado, sino también en el propio sujeto que los trama. Así, y si bien no lo hace explícito en la mayoría de sus textos, Laclau asume que en todo ejercicio analítico hay un paso necesario por la *subjetividad* del que investiga. Esto último lejos está de suponer a un investigador soberano, sujeto de la conciencia que indaga sin deseo, como quien inicia un mecanismo que le es ajeno. Por el contrario, el tramado de estos parecidos de familia se sostiene sobre un juego de espejos rotos entre un objeto y un sujeto atravesados y movilizados por la falla, lo que vuelve patente la intervención política de la reflexión situada.

Así, podemos volver al lugar que la historicidad ocupa en el horizonte onto-epistémico de la TPD. Una historicidad radical no sólo en términos ontológicos, sino también en términos

¹² Por ejemplo, en una respuesta a Žižek, Laclau considera que “El zarismo y el régimen del apartheid fueron obstáculos reales para una pluralidad de reformas democráticas y no simplemente objetivos arbitrarios que positivizaban una imposibilidad inherente. Pero, el hecho de que *también* hicieran esto último les daba a los discursos que exigían la caída de esos regímenes su dimensión de horizonte, lo que trajo como consecuencia, más allá de una mera suma de reformas parciales, una sobredeterminación apropiada entre ellas” (Laclau, 2000: 200-1. Cursivas en el original).

éticos, desde el momento que el deseo por investigar emerge en una atención a la falla, a aquello que retorna en la imposibilidad de una historia como mera imagen de una dinámica subyacente bajo el nombre de desarrollo capitalista, ilustración moderna o globalización. Así, expone sintomáticamente la contingencia constitutiva del estar juntos humano. Se vuelve posible aquí la pregunta por aquellas fugas de sentido que habitan la historia, por la dimensión silente de la historia, pero no como un evento imposible de subsumir en la lógica del significado, sino como aquella filigrana que no cesa de (no) escribirse. Esto último abre un abanico de posibles estrategias intelectuales, éticas y políticas, en un grado variable de abstracción, para investigar dando cuenta de estas implicancias: trabajos sobre la memoria del antagonismo, que desplazan a su vez el modo en que nos relacionamos con el corpus empírico y con las pretensiones hermenéuticas que albergamos sobre él, ya que aquí la historia no emerge como aquel relato a reconstruir completamente. La historia es la trama barrada sobre cuyas inconsistencias y conflictividades ponemos a funcionar un trabajo que escruta en lo simbólico las huellas de lo Real.

En este punto, es necesario precisar las relaciones entre historización y contingencia en la TPD. Para ello es imprescindible llevar adelante un triple movimiento. Primeramente, distinguir la manera en que la perspectiva piensa a lo ontológico: como aquello no reducible a un diccionario, enumeración o descripción densa de datos, objetos, mecanismos y/o de sus tipologías que conformarían, de tal modo, la realidad social. O en palabras de Heidegger es necesario “deshacerse del prejuicio de que sea la ontología de los objetos de la naturaleza o la que corre pareja con ella, la de los objetos de la cultura (ontologías de las cosas naturales y de las cosas espirituales), la única ontología o, en cualquier caso, la ontología por *autonomasia*” (2002: 61). Es decir no hacemos referencia a la ontología como “inventario” del mundo (Glynos & Howarth, 2008). Sino, a la ontología como interrogación en torno al “significado del ser-en y dentro-de-un-mundo” que no refiere al mero “figurar entre otras cosas” (Heidegger, 2002: 120). Aquí se anuda el fundamento ontológico con un saber-hacer puesto en juego en la investigación: la asunción de la historicidad radical de esta perspectiva sustenta un ejercicio de problematización a través del cual abrimos un espacio para pensar sobre el ser, aquello que escapa a la recolección de datos y su recomposición ordenada, y que emerge en el seno de una pregunta.

En segundo término, diferenciar la contingencia ontológica o radical de la empírica. La primera hace referencia a la imposibilidad de la teoría de captar o asegurar puramente la realidad y que, por lo tanto, tal contingencia no es subsumible al desenvolvimiento de ningún otro proceso capturable teóricamente. Por su parte la segunda, la empírica, remite a las diferentes manifestaciones ópticas, es decir accidentales o coyunturales, de la ocurrencia de situaciones imprevistas o inesperadas. La contingencia empírica pone en evidencia, al interior del enfoque posfundacional, esa incompletitud de la teoría para dar sentido de manera absoluta a la realidad. De tal modo, lo ontológico y lo empírico de la contingencia, aunque marcan los límites de una diferencia constitutiva, guardan una estrecha relación donde se vuelve posible un pensamiento, un análisis, sobre la realidad social que no pretende subsumir lo acontecimental en un esquema nomológico pleno. Allí se observa la distancia con aquellos esquemas científicos que consideran a la contingencia empírica un obstáculo para la reconstrucción plena de la historia y de lo social, que podrá ser subsanado cuando se puedan desarrollar instrumentos de recolección y procesamiento de los datos lo suficientemente precisos. Esa contingencia vendría a ser el último reducto de incognoscibilidad para una ciencia al interior de una ontología de la técnica. Frente a ello, la contingencia radical estremece las bases de esa ontología, y redirige la mirada ya no hacia la reconstrucción de sentido sino a los momentos traumáticos en que se pone en juego la constitución de lo social.

En tercer lugar, si la división constitutiva de lo social o de la negatividad material de los procesos de identificación constituye el fundamento de la contingencia radical, entonces esa división no puede ser superada finalmente por las diversas formas políticas dispuestas y orientadas socialmente a reprimirla o rechazarla.

En consecuencia, el énfasis de la TPD en la contingencia radical de las prácticas, regímenes y estructuras sociales no implica asumir que la transformación emancipatoria o la subversión de las mismas se encuentre sin más a la mano de los actores políticos, con independencia de los agarres o sujetamientos ideológicos¹³ inscritos en determinados modos históricos de repetición. Por el contrario, las contingencias o imprevistos empíricos u ópticos de ningún modo son capaces por sí mismos de vincular ciertos síntomas o signos del malestar social con los núcleos ideológico-fantasmáticos que fijan a los procesos

¹³ Al respecto de la noción de *grip of ideology* ver: Glynos, 2001.

identificatorios en cierta repetición. En cualquier caso, los trabajos de memoria en torno a la recuperación-producción de aquellos resquicios a través de los cuales se manifiestan los signos de las dislocaciones o heterogeneidades (como puntos de fuga de la superficie abrumadoramente imaginaria de la técnica capitalista) de la historia, habilitan la orientación política y ética del sujeto-investigador en pos de dar cuenta de los antagonismos sociales sobre los que, con su represión o rechazo, se organizan los diferentes regímenes de prácticas discursivas.

De tal modo, la mirada sobre el devenir histórico se opone a la práctica historiográfica que “toma a la historia como un objeto donde transcurre un acontecer que, al mismo tiempo, perece en su transitoriedad” (Heidegger, 2008b: 160). A diferencia de ello, la historia puede constituirse en el territorio en donde inscribir diversos problemas o síntomas sociales que, ni puramente transitorios ni exclusivamente reunidos en un desenvolvimiento necesario de la humanidad, movilizan el deseo del sujeto-investigador en la producción retroactiva de antagonismos, identificaciones y acontecimientos a partir de los cuales sea viable pensar o articular ciertas estrategias políticas.

Desde la TPD la investigación guiada por el problema, y no por el método, implica concebir a la problematización como un proceso que, sostenido en el deseo de saber del sujeto investigador, se orienta al establecimiento de relaciones hasta ese momento no precisadas por el campo de conocimiento en cuestión. Es decir, poner en funcionamiento conexiones de sentido no dichas, silenciadas o latentes a partir de la articulación entre elementos teóricos, referente empírico y fundamentos ontológicos.

Tales relaciones pueden implicar el intento por tender puentes entre la construcción simbólica del síntoma o problema, es decir del signo de ese malestar, insatisfacción o falta en lo social, por un lado; y los núcleos de sujetamiento ideológico que reprimen o rechazan la contingencia radical de las identidades políticas. Por lo tanto, la investigación puede constituirse en una práctica no exclusivamente ligada a la crítica de la realidad sino al análisis de modos de hacer con (y contra) aquellas lógicas sociales a primera vista fijadas invariablemente en la repetición¹⁴.

¹⁴ Existe aquí una homología entre los términos antagonismo e ideología, del análisis político, con los de síntoma y fantasma en la clínica freudiano-lacanianiana. En este último caso, el síntoma se ubica en la entrada en análisis y permite al sujeto lamentarse de aquello que le produce displacer o insatisfacción, mientras el fantasma se vincula al fin de análisis y refiere a aquello que “pareciera como el tesoro del sujeto y su

3. Para concluir: la historización radical como memoria del antagonismo

El punto de partida por el cual lo social está atravesado por una hiancia constitutiva ubica a esta perspectiva entre las concepciones materialistas. Pero, como se ha podido apreciar, tal materialismo no supone una positividad última capaz de dar consistencia de sentido a lo social. Por el contrario, lo real como materialidad negativa barra indefectiblemente al sujeto y a lo social. Bajo estas coordenadas, al investigar a lo largo de esa “intertextualidad que no tiene un punto final de anclaje” (Laclau, 2014: 85) no pretendemos construir una evidencia contrastable a ser explicada desde cero, sino desplazar las relaciones entre significantes con que se construye el problema de investigación de modo tal de dar pie a nuevas posibles construcciones de sentido. En ellas no hay jerarquías de validez o invalidez de una explicación según un parámetro metodológico, sino la mostración de la posibilidad de un nuevo aspecto que constituye a la “cosa”¹⁵ a explicar.

Ello implica rechazar un registro de la experiencia histórica que esté librado a su propio acontecer -sobre el que el investigador, como un sujeto ajeno y soberano, impone cierto herramental teórico- para pasar a sostener que el trabajo de pesquisa requiere tener en cuenta lo abstracto de la propia empiria. Asumir la realidad como una “mezcla indistinta” de abstracción y experiencia desplaza, por un lado, este enfoque de las distinciones canónicas entre idealismos y materialismos. Y por el otro, subraya el atravesamiento de la realidad por lo Real. Este *realismo*¹⁶, entonces, rechaza de plano la absoluta inmanencia de la materia como también la trascendencia de una idea impuesta exteriormente. La realidad a

propiedad más íntima” aquello que puede conllevar la vergüenza del sujeto en tanto “se presenta en contradicción con sus valores morales” (Miller, 1984: 19). Precisamente Jorge Alemán ha señalado a la técnica como una ideología “que promueve la desconexión total entre el “sinthoma” y el inconsciente” (2010: 17). Por lo tanto, siguiendo la analogía propuesta, podemos precisar a la técnica como discurso destinado a desconectar sus agarres ideológicos de los antagonismos sociales quitando a estos, de tal modo, su potencial emancipatorio. Por lo tanto, no es suficiente con la construcción sintomática de los antagonismos para el logro de la subversión del discurso dominante.

¹⁵La alusión a la “cosa” no es caprichosa, sino que nos remite a la figura del *Das Ding* freudiano, aquello que se escapa al orden simbólico aunque nos impulsa en un movimiento de conjetura y curiosidad. En este sentido, la realidad no es una disposición plena de elementos cuya relación podríamos enumerar, caracterizar y delimitar de modo definitivo, sino que es una construcción de sentido habitada por una ausencia que ocupa su centro elusivo.

¹⁶En un sentido similar, Howarth y Glynos (2008) consideran que la TPD es realista en al menos dos direcciones. Por una parte porque afirma la existencia de una realidad *independiente* al pensamiento. Por otra parte porque considera que nuestras concepciones de las entidades no agotan su sentido o su ser: lo simbólico es el ámbito en que se despliega lo óptico, pero siempre es vulnerable a los efectos de lo “Real” lacaniano, la contingencia e indecidibilidad que lo constituyen.

la que aludimos aquí escapa a la posibilidad de agotar su sentido en una explicación de tipo nomológico, porque su propia constitución está barrada.

A partir de ello y a nivel epistemológico, tal hiancia se traduce en la búsqueda por historizar de manera radical al problema de investigación. Lo cual, a contramano de la historiografía, no busca tomar a la historia como un objeto a ser descompuesto en una serie de eventos y acontecimientos cronológicamente enlazados. Pero tampoco recae en una explicación totalizante de lo social en donde la historia se reduce a una mera expresión del desenvolvimiento necesario de otros procesos, cuyos eventos adquieren sentido sólo en tanto están sometidos a tal totalización. Esta historización radical del problema apunta a dar cuenta de aquellas instancias dislocatorias o traumáticas que, en función de determinadas condiciones de posibilidad, se constituyen en *momentos fundacionales* de las lógicas o regímenes de prácticas sociales.

Es justamente en estas irrupciones dislocatorias y momentos fundacionales en donde los antagonismos sociales, en tanto síntomas de la contingencia radical de las identidades políticas, pueden ser reconstruidos y visibilizados por el investigador.

Si la técnica (o discurso capitalista) se basa en el rechazo de lo real imposible, entonces es un discurso que tiende a no tolerar la inscripción de antagonismos sociales en su superficie. Por lo tanto, el trabajo del sujeto-investigador posee explícitamente una dimensión política, la de echar luz sobre los dispositivos técnicos de negación de los antagonismos, y una dimensión ética, la de intentar conectar la construcción de los síntomas sociales con la verdad de lo imposible de ser capturado por la técnica. Aquí entra a tallar la centralidad de la contingencia radical en nuestro trabajo sobre la historia, ya que aquella impide, como ya hemos notado, una fijación plena, pero eso no supone que sea imposible alguna regularidad habitada/atravesada por esa contingencia ontológica. Los trabajos de memoria "hacen" con esa repetición fijada simbólicamente, y al hacerlo evidencian con la potencia de sus palabras la precariedad de la construcción social, en contra de ese omni-presente con un pasado mudo y un futuro siempre esquivo que impone la técnica capitalista.

La historización radical de la TPD puede ser pensada como un trabajo de memoria del antagonismo en base, al menos, a los siguientes aspectos:

- Se funda en el reconocimiento de la presencia de restos, huellas o marcas de situaciones límite o dislocatorias que resultan inasimilables al circuito técnico y a cualquier construcción social de las memorias.
- Promueve la interpretación, siempre retroactiva, de estos restos a los fines de dar cuenta no sólo de las condiciones de posibilidad de las lógicas sociales sedimentadas sino, principalmente, de sus condiciones de imposibilidad.
- Apunta a una redescrición de los procesos históricos a partir de desplazamientos entre los significantes que constituyen el problema de investigación para iluminar nuevos aspectos de aquello que permanece como enigmático y siempre dispuesto para el pensamiento. Dentro de este horizonte onto-epistemológico, el investigador traza relaciones novedosas entre términos heterogéneos poniendo a jugar la propia falta que lo vincula, hasta incluso de un modo ominoso, con una realidad que nunca es mera experiencia. No hay sentido último que descubrir o explicar, sino nuevas preguntas que formular, en un ida y vuelta entre aquellas marcas de la historia y las disputas políticas del presente. Ello implica por ende un re-tratamiento de la temporalidad que no sigue una linealidad propia de un sujeto de la conciencia.
- Identifica y delimita los antagonismos sociales que resisten a la lógica cronológica para inscribirse en la lógica de los procesos ideológicos de sutura de la hiancia entre lo real y la realidad. La serie de eventos cronológicos es puesta, en consecuencia, en segundo lugar para dar prioridad a una memoria de los momentos fundacionales. Renunciando a la pretensión de domesticar o fijar a estos tanto en lo constante de la teoría como en la onticidad de las contingencias empíricas. Es en este “entre” ambos polos que, desde la TPD, puede advenir el sujeto investigador en tanto testimoniante o productor de un saber sobre la división de lo social y el antagonismo¹⁷.

Referencias bibliográficas

¹⁷ La analogía aquí de la historización propia de la TPD con la clínica psicoanalítica se vincula a la distinción que Fabiana Rousseaux, en relación al sujeto del testimonio en el marco de los juicios por crímenes de lesa humanidad, remarca entre la “lógica de la historia” y la “lógica del inconsciente” por la cual: “los testigos se sienten aprisionados entre el deber memorístico y las evidencias de los desfiladeros de la memoria, que siempre se articulan a un recuerdo, y los recuerdos se inscriben en una lógica temporal y subjetiva totalmente diversa a la temporalidad de los hechos históricos” (2015: 68).

- Alemán, Jorge (2010): *Para una izquierda lacaniana...*, Grama, Buenos Aires.
- García, Germán (1980): *Oscar Masotta y el psicoanálisis del castellano*, Barcelona: Argonauta.
- Glynos, Jason (2001): "The grip of ideology: a Lacanian approach to the theory of ideology" en: *Journal of Political Ideologies*, n° 6 (2), pp. 191-214.
- Glynos, Jason y Howarth, David (2007): *Logics of Critical Explanation in Social and Political Theory*, Routledge, U.K.
- Glynos, Jason y Howarth, David (2008): "Critical explanation in Social Science: a Logics Approach", en: *Swiss Journal of Sociology*, n° 34 (1), pp. 5-35.
- Glynos, Jason y Howarth, David (2008) "Structure, Agency and Power in Political Analysis: Beyond Contextualised Self-Interpretations." *Political Studies Review*, 6 (2). 155 - 169.
- Heidegger, Martin (2002): *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*, Editora Nacional, Madrid.
- Heidegger, Martin (2007a): "¿A qué se llama pensar?", en: *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, pp. 265-283.
- Heidegger, Martin (2007b): "La pregunta por la técnica", en: *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, pp. 117-159.
- Lacan, Jacques (1985): "Ciencia y verdad", en: *Escritos*, 2, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (2012): *El Seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis* (texto establecido por J-A Miller), Paidós, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto y Zac, Lilian (1994) "Minding the gap" en Laclau, E. (ed.) *The making of political identities*, Verso, Londres.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2000): "Posmarxismo sin pedidos de disculpas", en: *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2000): "Muerte y resurrección de la teoría de la ideología", en *Misticismo, retórica y política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2003): "La estructura, la historia y lo político" en Butler, Judith, Laclau, Ernesto y Žižek, Slavoj *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2014) "Articulación y los límites de la metáfora" en Laclau, E. *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Legendre, Pierre (2008): *Lo que occidente no ve de occidente*, Amorrortu, Buenos Aires.

Miller, Jacques-Alain (1984): *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*, Manantial: Buenos Aires.

Rousseaux, Fabiana (2015): “Memoria y verdad. Los juicios como rito restitutivo”, en: Duhalde & Rousseaux: “El ex detenido-desaparecido como testigo de los juicios por crímenes de lesa humanidad”. Buenos Aires: Fundación E. L. Duhalde.